

Una conversación en el año 1932

* * *

Por Juan Emilio LUQUE DIAZ

I

El apellido Castejón me trae a las mientes dos nombres de pila evocadores de otras dos buenísimas realidades, la teoterapia y la paz señoreante. Dos nombres, Rafael y Federico, dos ilustrísimos sabios de Córdoba la llana.

Recuerdo mis pocos años cuando, por vez primera y oyendo a personas mayores, llegaron a mis oídos los nombres de uno y de otro catedrático de biología y de ciencia del derecho.

En una tarde apacible, allá por los años de la dictadura de Primo de Rivera, Clodoaldo Gracia entró en casa de mis padres para consultar con mi progenitor un «caso muy grave» que sublevara la conciencia de los vecinos y, por consiguiente, era muy de menester ayuntar los pareceres de hombres de buen criterio, porque, según solían refranear los viejos de la vecindad, «En la abundancia de los pareceres, está la seguridad del acierto». El visitante me traía de regalo un opúsculo *De mi breviario*, con el subtítulo de *Un puñado de páginas*. No llegaban a cuarenta.

El prologuista era Rafael Castejón. La obrita estaba impresa en Sevilla en 1921, en la imprenta de R. M. Madolell (calle Julio César, 14). El susodicho prólogo mostraba el tenor siguiente:

«Su forma meridional exuberante y rica es una prosa poemática. Su fondo serviría de jugoso ensayo a una psicología *colonial*... Todo él es vida que palpita y ruge. Y muchas veces, uniendo al sereno estoicismo de los béticos la noble despreocupación de los andaluces, el autor —flor de la tierra— rima y canta su propia desventura. La recompensa. Después de leer cada página, lector, detente y medita. Y ten siempre presente que si cada una de ellas es como hermosa y rutilante amapola que floreciera en la lujuria de los campos andaluces, bajo los vivos pétalos se extiende la parda tristeza del terruño. Andalucía entera vive en ellas aprisionada».

Confieso que aquella lectura me impresionó muy hondo, suscitándome un sinfín de cuestiones, de preguntas que, a mí mismo, yo me formulaba. Tan fuerte fue la impresión, y medité tanto, que todo ello me hizo intuir un algo indefinible sobre esa cosa que don Rafael denominara «una psicología colonial». No menos me hizo pensar eso de «el ingenuo primitivismo de la verdad» como savia que sube desde el limo creador hasta las ramas, que también esto reza en el prólogo.

Después, leyendo la *Biblia* y aquello de Cristo, «la verdad os hará libres» la juvenil ingenuidad de estudiante me planteó, con toda su crudeza, la verdad de la tierra en situación colonial. Allí principió un incesante discurrir: ¿Por qué, ésta mi tierra, es una colonia? ¿Quién la coloniza? ¿Qué quiere decirme, qué es lo que nos dice, a todos los andaluces, a todos sus lectores, en su prólogo don Rafael Castejón?

Leía y releía las páginas de Clodoaldo Gracia, de Clodoaldo a secas, con palabras, v. g. como las siguientes:

«Hermanos. Alguien ha querido quebrantar lo más libérrimo de la vida, lo más sublime del vivir... ¡La amistad! Opongámonos a ello. Opongámonos al miserable holgazán que por cinco pesetas es capaz de difamar, de pegarle un pistoletazo hasta a su padre. Combatamos al cacique infame, a ese sapo de la pestilencia y la hediondez, que ha querido, que trata de convertir la vida en un inmundo estercolero. Contra ese monstruo de la calumnia deben ir todos nuestros reproches justicieros... Luchemos. ¡Corazones optimistas, reivindicemos la amistad! Nobles camaradas, hagamos de ella, de la amistad, un no interrumpido poema. Amigos, cantémosle un himno de inmortalidad...»

II

Llegó la república. Hubo en mi pueblo un alcalde socialista, un hombre «bueno» por su natural inclinación a hacer el bien. La gente le llamaba *Callejuelas*. Mote que siempre llevó con alegría, haciéndolo tan suyo, como si de un *alter ego* se tratase. Jefe de la inspección de primera enseñanza era otro gran hombre, el maestro Priego López, inolvidable siempre para mí por su bondad, sana cordura y estudiosidad. En un despacho, *Callejuelas*, Clodoaldo, Priego López y quien, a la vuelta de tanto años, hilvana estos renglones. Luego fuimos a un figón, todos a comer en unión y compañía, acudiendo otro comensal, don Antonio Jaén Morente. Aquello fue un auténtico «symposion», como si estuviéramos en la Atenas de Pericles.

Una cuestión de edificios escolares y otros puntos conexos, fue motivo de la reunión. Ya en la sobremesa, salió a relucir el proyecto de Ley de Contribución sobre la Renta que el ministro catalán Jaime Carner quería sacar adelante como un tributo «superpuesto a los existentes», gravitante sobre las rentas superiores a cien mil pesetas, una cifra, entonces, fabulosa. Se decía que con tal contribución pecharían las personas «naturales» que se acredite o se presuma ser «privilegiadas de la fortuna o que en las diversas

actividades profesionales han logrado adquirir una situación de preeminencia».

¡Qué cosas salieron allí a relucir, Madre de Dios! La historia no escrita, la intra-historia de la campiña cordobesa, en sus luchas contra lechuzos y pejugueras. ¡Cuánta historia fiscal hube de aprender! Resonando siempre el doloroso eco «¡No podemos comer y nos echas arancel!».

Don Antonio Jaén traía un libro de Julio Senador, *Al servicio de la plebe*. Nos habló de esta obra con elogio. Luego citó a Seutonio y su *De vita duodecimo caesarum* refiriéndose a la respuesta que Tiberio dio a los presidentes de las provincias del Imperio Romano, cuando queríanle persuadir de que les cargara la mano con tributos. Don Antonio dijo en latín tal respuesta y luego la tradujo. Yo me la apunté y aprendí. Su tenor enseña que «*Boni pastoris esse tondere pecus, non deghubere*. Esquilar el ganado, pero sin desollarlo. Nunca olvidaré cuantas cosas, todas sabias, que allí se dijeron. Me preguntaron si aquello me gustaba y si algo tenía que añadir. Yo entonces manifesté haber hallado un viejo y anónimo soneto manuscrito en uno de los infolios jurídicos que me gustaba leer; un viejo mamotreto de comienzos del siglo XIX. Les plugo conocerlo y les comuniqué su tenor, que es el siguiente:

Se alegran y retozan las ovejas,
cuando implacable esquilador les quita
la lana, que su abrigo necesita,
dejándolas tan mondas y sin quejas.
Verdad es probada, no cuento de viejas,
algo muy cierto que la mente irrita,
que el hombre que te busca y que te incita,
robarte piensa hasta las orejas.
Ovejas somos todos los humanos,
y por tales Andana nos reputa,
cuitosa de llevarnos por su ruta.
Por ovejas estamos en sus manos,
mientras nos roban sin piedad ni engaño.
¡Muy contentos en nuestro propio daño!
Tal, otrora y hogaño:
Los gobernantes son esquiladores,
que nos roban cantando altos loores.

Aquello sirvió para escuchar, un buen rato, la doctísima palabra de don Antonio Jaén. ¡Cuántas cosas, tan divertidas como ciertas, allí nos hubo de contar!

Ya en uso de la palabra, el alcalde me pidió si yo sabía las coplas que en Espejo le sacaron a Josefillo, un personaje pueblerino hartamente notorio por aquel entonces. Yo dijele que las sabía pero por indecorosas no eran repetibles.

Mercaderes y reyes, de una parte, y, de la otra, también, iglesia y mercaderes, cada cual meneándose en, por, sin, sobre, tras los dineros. La doctrina

oficial condenaba el interés del dinero, porque en voz alta se proclamaba que «Nummus nummos parere non potest». Empero, con leve vocecilla, repetían que «Semper et in omnibus rebus, quaerendas esse pecunias». Así nacieron las «cuentas en participación» y la «turba nepotum», de consuno con los sacristanes, ejercen la testaferría de sus «señores de corona», que hacen buenas migas con los mercaderes. De ahí se dijo por plebeyos «mal pensados» que «los dineros del sacristán, cantando se vienen, cantando se van». Por eso, nos recalca don Antonio Jaén, el fracaso de los alquimistas y su incapacidad en la cosa de dar con el gran invento que los griegos llamaron «Tocryorycheion» (un algo de donde sacar el oro), discurrieron los banqueros eso que andando el tiempo llamarían «el accionista», un ser humano, pero como si no lo fuera, porque lo tratan como un borrego, y bien sabido es que «Los borregos disfrutan cuando los esquilan». Ese invento de «el accionista», volvió a la carga don Antonio Jaén, que fue teorizado por un grande y famosísimo espejeño, llamado don Josseph de la Vega, cuando en Amsterdam, año 1688, publicó *Confusión de confusiones*, subtítulo *Diálogos curiosos entre un philosopho agudo, un mercader discreto y un accionista erudito, describiendo el negocio de las acciones, su origen, su ethimología, su realidad, su juego y su enredo*.

Luego se extendió don Antonio sobre toda una serie de cosas, todas ligadas entre ellas, acabando con el terminante aserto de que «no hay tal oro como remudar los nombres de los hombres y de las cosas». Esto o corroboró con toda una serie de pruebas concluyentes, autorizándose con lo mismo que De la Vega afirma en su libro, diciendo que «Los hebreos, en padeciendo enfermedades peligrosas mudan de nombre, para conseguir la mejoría». Concluyó diciéndonos que la «Auri-sacra fames» ha sido en lo pretérito, lo era a la sazón, y siempre lo será en lo venidero, el gran motor de la vida y de la historia y en esto compendia todos sus muchos estudios históricos. Luego, nos pidió a cada uno nuestro parecer. Allí fue algo sensacional las cosas que hube de escuchar. Entonces, hube yo de preguntar qué cosa era eso de la «Turba nepotum». Con un gracejo típicamente cordobés, y aludiendo cazarraamente a cierta persona muy notoria entre la gente ilustrada de la capital, nos recitó, y yo hube de apuntarlo, unos versos latinos, a cuyo tenor «Cum sator rerum, privasset semine clerum, ad Satanae votum, discessit turba nepotum». Clodoaldo y *Callejuelas* no captaron la alusión, pero los demás hubimos de reir un rato.

Recuerdo, pues, que de todo ello hube de sacar apuntes de cuanto Clodoaldo luego nos hubo de referir. Algo, para mí, entonces, verdaderamente sensacional.

El maestro Clodoaldo refirió haber oído infinidad de veces a los más viejos de su pueblo lo que un presbítero, tan espejeño como «liberalote», según decían sus congéneres, que hubo mucho de lucirse cuando «la Pepa». Era toda una retahíla contra la moralidad imperante en sus tiempos. Una especie de «Letanía del que sabe navegar en tierra». Su tenor era el siguiente:

«En el nombre de Dios, se perpetran los más garrafales sacrilegios. En el nombre del honor, las mayores deshonras. En el nombre de la

Libertad, los más inauditos desafueros. En el nombre de la Ley, los más atroces prevaricatos. En el nombre de la Igualdad, los máximos y horribos esclavituamientos. En el nombre de la Fraternidad, los más insignes remedos de Caín».

Sarta de atrocidades, que se ejecutaban porque «una buena capa todo lo tapa». Puntualizó Clodoaldo, que allá por los años de 1880, los viejos completaron esa letanía diciendo:

«En nombre de España, los hombres y mujeres, los niños y los ancianos de la mártir Andalucía, sufren todas las primadas».

Ambos a dos, *Callejuelas* y Clodoaldo, sofocados, añadían: «¡Bien los enseñó, a toda la cuadrilla de colonizadores, bárbaros del Norte, aquel Marfuz que los enseñó con el engaño más dañino que el demonio inventó!».

Callaba el maestro Priego López, pero de pronto habló recordando haber oído, en varias de sus idas y venidas de inspección por los pueblos campiñeses, una exclamación cuyo sentido, de repente, se le aclaraba. Ello era que muchos viejos decíanle: «¡María Santísima, nuestra parienta, nos asista y socorra y lleve nuestro maltrecho bajel a puerto de claridad y salvación!».

Entonces yo hube de puntualizar haberles oído, muchas veces, a personas piadosísimas, el rezo del «Magnificat» y aquellas palabras de María Santísima, cuando se arranca diciendo del Dios de Israel que

«Usó la fuerza de su brazo, derrotó a los soberbios en lo íntimo de sus corazones, derribó a los príncipes de sus tronos y elevó a la gente menuda; a los hambrientos sació de bienes y a los ricos los desahució vacíos».

En este punto, don Antonio Jaén nos dijo que Martín Lutero tenía un trabajillo muy bueno sobre el cántico del «Magnificat», pero que era muy conveniente no irritar al clero católico con citas bíblicas. Entonces, *Callejuelas* nos recitó unas viejas coplillas atañantes a las pesquisas que en Espejo llevaron siempre a cabo los curas, yendo casa por casa, buscando biblias para luego hacer un gran crematorio de libros tan nefastos. Las coplillas, tal como él las refirió decían así:

*¡Por el carril de las Cruces
y en el patio de la Algibe,
allí los apagaluces,
de biblias gran candelorio
montan con sus arrequives!
¡Fenomenal crematorio!
¡La Biblia! ¡Cosa nefanda!,
a coro grita la panda
del usurero y beato,
rezador y uñas de gato,
muy piadoso y muy pacato
quien, muy rezando, rezando,
ilo tuyo te está robando!*

!Quien te viera y quien te ve!

¡Espejo puesto al revés!».

Entonces, hube yo de hablar, quizá el menos autorizado, pero referí haber oído siempre a mi abuela, luego reiterado por mi madre, unos versos muy buenos –por lo menos a mí me los parecían– que rezaban ésto:

*«El andar bien esta vida
requiere una gran medida
y algo que siempre se olvida:
Intención recta y cordura
y una mente precavida».*

A todos los reunidos gustaron estos versos y el maestro Priego López se los apuntó. Entonces Clodoaldo remató diciendo que Andalucía era la «in-fra-colonia» de Madrid y que esta situación colonial súpola ver muy bien don Rafael Castejón en el prólogo que le pusiera a un folleto suyo. Por eso, siempre, en Andalucía se ha dicho que «De Despeñaperros para arriba, todo es Alemania» porque los bárbaros del Norte nos aplastan y esquilan como ganado, que no sólo esquilan, sino que desuellan. Esperaban que la república reparase las ancestrales injusticias que sufre el pueblo andaluz. Empero, don Antonio Jaén nos recordó que «el interés es el motor de la historia» y también que «por el interés, lo más feo, hermoso es». Esos intereses coloniales tienen inmenso poder y él, Antonio Jaén Morente, se atenía a un viejo refrán, a cuyo tenor, la vida en España se rigió, siempre, por la fuerza, y ello se acredita con un vetérrimo proverbio «nunca pasar la barranca, si a manos tienes la tranca». Y acabó comparando la situación de Roma con la de España de entonces, luego citando un verso de Lucano (*Farsalia* libro I, vv. 180 y 181):

*«Hinc usura vorax avidumque in tempora faenus
et concussa fides et multis utile bellum».*

«¡Devoradora usura! ¡Ganancias cada día más avarientas! ¡Lealtad destrozada! ¡Provechosa guerra para mucha gente! Mucho me temo, concluyó Jaén Morente, que hoy en España –no olvidemos corría el año 1932– como entonces en Roma «mensura iuris vis erat», porque *la violencia* desatada es medidora del derecho.

¡Qué profético resultó don Antonio Jaén!

Entonces Clodoaldo, corroborado luego por *Callejuelas*, observó que en su pueblo, los llamados «de la mala casta» siempre decían que «el vivir, a todo se ha de preferir», mientras los que alardeaban de godos siempre traían en la boca otro refrán «antes morir que perder la vida». Todos, el maestro Priego López, Antonio Jaén y yo, hubimos de convenir que uno y otro proverbio expresan, cada uno por su parte, toda una concepción del mundo y de la vida. Por aquel entonces andaba yo a vueltas con las *Sátiras* de Juvenal. Entonces les recordé unos versos del vate romano, que contraponen esas dos concepciones del mundo y de la vida. Son aquellos de la sátira octava (83-84) a cuyo tenor:

*«Summum crede nefas animam praeferre pudori
et propter vitam vivendi perdere causas».*

En estos versos pide Juvenal ser hombre cabal, entero, honrado hasta más no poder, buen soldado, buen tutor, avenidor equitativo, testigo veraz. ¡Ahí es nada! Pero si la «mala casta» asevera que «el vivir a todo se ha de preferir» y si «la acera de enfrente» replica que «antes morir que perder la vida» del mando y del palo, remachando su intención con aquello de «Nunca pasar la barranca si a manos tienes la tranca», ello muestra la sorda guerra entre la violencia y la astucia, pues que también refranean, nos recordó Clodoaldo, confirmado por *Callejuelas*, que «contra la mala casta, los godos son leones; pues que, en justa defensa, ellos sean zorrastrones». Hube yo, luego, de puntualizar el pensamiento de Juvenal con otros dos versos de la sátira tercera, a cuyo tenor:

*«Nil habet infelix paupertas durius in se
quam quod ridiculos homines facit».*

Estas citas del poeta latino gustaron mucho a don Antonio Jaén y al señor Priego López, haciendo el primero muy sabrosos comentarios, que todos hubimos de celebrar.

Vuelta la conversación a las hazañas de los lechuzos, Clodoaldo preguntó a don Antonio Jaén qué eran dos palabras que nunca él pudo entender, *incomio* e *income tax*. Asombrado, Jaén preguntó a su vez, de dónde sacara tales palabrotas y, allí las risas fueron carcajadas, pues el bueno de Clodoaldo nos habló del «covachuelo Villamil», personaje galdosiano, atacado en feroces aleluyas por un cojo llamado Guillén. Aleluyas que nos recitó Clodoaldo y que hube de transcribir, y más tarde comprobé:

*«El 'mártir' Villamil
en vez de faja y pañales
le envuelven en credenciales,
pide teta con afán
y un presupuesto le dan.
Modelo de asiduidad
inventa el INCOME TAX,
al ministro le presenta
sus planas sobre la renta,
el jefe, viendo el INCOMIO
me lo manda a un manicomio».*

Muchísimas otras anécdotas me dejó en el tintero. Pero «¡cuántas cosas sabrosísimas hube de aprender allí!».

III

Me dirán, quizá, que toda esta paremiología, estas creencias populares son la voz con la que hablan todos los demonios, según profesó siempre Baltasar Gracián. Empero, andando los tiempos me hube de persuadir que en tales anécdotas se esconde la categoría, como me refirió don Eugenio D'Ors, en 1940, en una conversación triangular que, con él tuvimos, este espejeño

con un su grande amigo, natural de Baena, Eliseo García del Moral y Bujalance, que luego acabó siendo notario de Córdoba.

— Cuando mi queridísimo colomboño don Enrique Luque, honra y ornamento de su estirpe, me dio la noticia del homenaje a don Rafael Castejón, me puse a discurrir sobre qué podría yo escribir y en esto, sacando del anaquelel un viejo «apparatus» de derecho catalán, se me apareció el folleto de Clodoaldo Gracia, con mis viejos apuntes. Ello me trajo a la memoria, y reavivó en mi mente, todo cuanto toca y tañe aquel lejano convite con aquellas queridísimas personas.

— Quede esto, pues, como una evocación de otros tiempos.